



## EPILOGAL



L Constructor —devotamente  
— en el silencio de su taller  
esculpía...

Mónica Poldo—un libro en-  
tre las manos—bajo el ventanal le con-  
templaba...

Habitaban una casita nueva, con jardín, en la alta Bruselas, bajo la terraza del blanco y frío monumento á la Justicia. Habían paseado su idilio, entre el escándalo de Europa, durante seis meses por las grandes capitales. El conde Poldo—correcto—interesó el divorcio; hizo don gratuito al estado de los edificios levantados por el Arquitecto, á nombre suyo, en tierra Itálica, y solicitó de su país una misión de con-

fianza para el Asia. No se supo, al poco tiempo, nada de él.

Ganó, en Bruselas, á la enamorada pareja un ansia de trabajo y de reposo.

Aunque ya no se tratara de levantar aquella epopeya pétrea que, en las antiguas provincias, eternizara la idea del Imperio, todavía, Marco Fortis, al volver á la labor, sintióse lleno de esta idea.

Y era una cosa grande y sencilla aquel grupo central que estaba esculpiendo, para el futuro «Monumento al Imperio», que había de levantarse cerca de Florencia en la cumbre de una colina, recientemente adquirida por Mónica Fortis.

Tres figuras. La central, monstruosa, rígida, inflexible, imperial, torturadora, emerge de un bloque metálico, encendido como una ascua; es un busto nada más y medio torso; no tiene brazos; solo la boca contraída, las pupilas dilatadas, la frente recia de pensamientos, le sirven para imponer el espantoso enigma de su fuerza: la cabellera es corta, ni femenina, ni hombruna, el busto aquel no tiene sexo, no tiene más que espíritu de fuerza. En el bloque metálico de donde emerge la singular estatua aquella, hay una gruta: una concavidad vacía donde el metal comido

de un corrosivo químico, toma indefinibles entonaciones verdosas y azuladas. En el suelo de la gruta aquella, una mujer desnuda: tendida. Tiene abierto el costado, de donde fluye la sangre en anchos coágulos... Forma un arroyo la sangre; descendiendo lamiendo el bloque y evoca floraciones delicadas, suavísimas, gloriosas, al pie del monumento. Finalmente, colocado delante del bloque metálico, que le sirve de fondo, teniendo á su derecha la gruta verde de la mujer yacente, y llegando con la cabeza hasta el violento torso del Imperio, el hombre, el artista. Está en actitud de soberana violencia: á sus pies, el arma con que acaba de sacrificar á la mujer divina: en sus manos, furiosamente levantadas en actitud de ofrecimiento, el corazón de su víctima: sus ojos fijos en los astros... El busto del Imperio, más alto que las manos del hombre, más alto que el corazón de la mujer, parece aspirar un perfume de sangre... La obra es grandiosa y de ella se desenvuelve un trágico sentido. Nunca Marco Fortis, en sus veleidades de escultor, había llegado á tanta significación.

Mónica observa:

—La mujer muerta se parece á Agueda Pía...

—Sí—dice Marco Fortis—tu lo habías dicho en tus tiempos de crueldad: «Provincia».

—

Agueda Pía suele, como siempre, en las siestas, bajar á «Las Termas»... Su madre la acompaña... «Las Termas» están acabadas y las dos mujeres no se cansan de mirarlas...

—¡Si el pobre Jorge pudiera verlas!  
—dice Mamá Dolores.

—¡Pobre Jorge!... ¡Habría simpatizado tanto con el pobre Marco Fortis!

Y las dos perdonan: Mamá Dolores al hermano pródigo que devastó su vida: Agueda Pía, al violento y extraño Constructor que desoló su alma...

Y en el ritmo aquel de columnas, deliciosamente blancas, un poco desengañadas, un poco monacales—almas anónimas, hermanitas de los pobres—siguen ambas y seguirán eternamente guardando el tesoro humano: aquel beso pacífico de los pobres boyerizos de la Etruria que, según Marco Fortis, remediaría, si no lo hubiéramos olvidado, las tragedias de hoy.



DEL MISMO AUTOR

ODAS.

LAS VENDIMIAS.

ÉGLOGAS.

ELEGÍAS.

EL PASTOR, poema dramático.

BENVENUTO CELLINI, biografía dramática.

LAS HIJAS DEL CID, leyenda dramática.

(Ediciones de «El Cuento Semanal».)

LA CARAVANA.

LA «MUESTRA».

CORNEJA SINIESTRA.

EN PRENSA

VENDIMIÓN, poema.

LA PASIÓN DE MISTER CASTLÉ.

DOÑA MARÍA LA BRAVA, romancero dramático del siglo xv.

## TRADUCCIONES

De Eça de Queirós:

LA CIUDAD Y LAS SIERRAS.

De Booker T. Washington:

SALIENDO DE LA ESCLAVITUD.

De Ch. Baudelaire:

LAS FLORES DEL MAL.

### EN PRENSA

De Guerra Junqueiro:

«OBRAS COMPLETAS», cinco tomos.

De Wilhelm Meyer-Förster:

EL PRÍNCIPE CARLOS ENRIQUE

ESTE LIBRO HA SIDO IMPRESO EN BAR-  
CELONA, EN LA CASA EDITORIAL  
DE EDUARDO DOMENECH,  
CONSEJO DE CIENTO, 321,  
EL DÍA 2 DE MARZO  
DE 1909.







